

8:30 AM.

Eran las ocho y media de la mañana cuando con mis dos hijos cogidos de la mano caminaba por las calles del barrio sin más preocupación que la llegada a tiempo a la escuela. Pasamos delante de la puerta de la iglesia como todos los días. Paramos y cruzamos la gran avenida a la orden del muñeco verde y rojo, como todos los días. Nos regalaban esos simples periódicos gratuitos, con sus “buenos días” incluidos, como todos los días. Se pelearon mis dos hijos a mitad de camino, como casi todos los días. ¡No!, no son tan demonios, me decía como todos los días.

Y pasamos por una pequeña plaza donde observo a un señor mayor que se acerca a una cabina telefónica. Es una cabina telefónica de Telefónica, esa compañía que aun posee buena parte del control de las líneas en España y con el cual se permite ser la última en ofertar rebajas a sus clientes. ¡Cabronazos capitalistas!, me digo a mí mismo.

Pues bien, ese señor mayor, gris y triste como muchos señores mayores grises y tristes, se dedica a rebuscar durante unos breves segundos en la cajetilla por donde salen los céntimos sobrantes de las llamadas. Y no encuentra nada. Evidentemente. ¿Y qué esperaba encontrar? ¿Y qué uso puede dar a los escasos céntimos que de allí pudiera rescatar? Si acaso, alguna olvidada moneda de euro le ayudaría a sobrellevar la existencia en esta fría mañana de diciembre bebiendo un café, una copa de vino, un anís, o cualquier cosa con lo que sentirse libre y engañar al hambre y a la vida. Da media vuelta y enfadado se larga a por su próximo objetivo.

Veinte minutos después, retomo el mismo camino de vuelta a casa y al llegar a la plaza, veo una docena de viejos parados y alejados un par de metros entre sí, mirando hacia el sol como en una de esas películas intelectuales de los años 70 donde varios personajes se dicen cosas trascendentales entre sí y sin mirarse a la cara. ¿O eso ocurría en las tragedias griegas?

Me acerco a la gran avenida con el muñeco en rojo. Pero soy adulto y no me apetece esperar al verde. Así que decido cruzar mirando a un lado y a otro, pero me freno a mitad de camino. Dejo pasar una gran furgoneta que viaja despacio por el empedrado. Es de color blanco. Dentro veo caras de hastío, aburrimiento, derrota, angustia. Son los rostros de unos ancianos que están siendo trasladados a algún lugar como alumnos del último curso de su vida. Allí volverán a aprender para seguir olvidando, si tienen alzheimer; filtrarán sus impurezas, si tienen insuficiencia renal;

ejercitarán articulaciones, si tienen artrosis y así, este vehículo de enfermedades varias y sus cobijadores son paseados con parsimonia en esta soleada y gélida mañana.

Sigo andando y no me resisto a mirar hacia el sol pues algo extraño ocurre. Está perdiendo intensidad. La luz es mortecina como si fuera a haber un eclipse. Sigo mirando fijamente unos segundos y recibo un fognazo que me daña la vista. Siento un mareo y me apoyo sobre un árbol mientras me maldigo a mi mismo.

—Pero, ¿qué esperas?, ¿tener una visión mariana?

Recupero la visión y el equilibrio poco a poco y vuelvo a sentirme raro. Todo está en silencio. No hay bulla, no hay ruidos. Me doy cuenta de que el mundo parece parado. Veo un coche quieto en mitad de un cruce, una moto con la rueda delantera en el aire inmovilizada, palomas detenidas en mitad de un vuelo, dos jóvenes hablando entre ellos momificados. Creo que estoy soñando, he de despertar de esta visión absurda que tengo ante mis narices. Me muevo por esta especie de fotografía en tres dimensiones y el terror se va apoderando de mí. No entiendo nada.

Unos dedos golpean mi hombro y me giro espantado. Son un grupo de tres ancianos que piden la hora señalando la muñeca de la mano izquierda. La cuenca de sus ojos está vacía. De sus bocas de luna menguante cae un pequeño manantial de baba que moja los pijamas con los que han salido vestidos a la calle. Empiezo a andar de espaldas ante el miedo que me producen estos zombis de geriátrico. Y de pronto, siento otra mano que se posa sobre mi espalda y me revuelvo con la violencia aprendida en mis clases de Taekwondo. Es otro espantajo de persona mayor ante mí. Con el giro brusco le he arrancado de cuajo el brazo que ha caído rebotando al suelo. El anciano se agacha tranquilo para cogerlo y trata de enroscarlo en el agujero de su hombro. Los otros tres observan sonrientes la escena. Aprovecho la confusión para salir corriendo calle arriba en dirección a casa.

Al girar la esquina, veo a un par de ancianos comiendo el cerebro abierto de un chico joven apoyado sobre la pared. Restos de carne sangrienta les cuelgan de sus dientes podridos. Se fijan en mí y sonríen. Estremecido vuelvo a correr. Más adelante dos mujeres mayores arrastran el cuerpo de un ejecutivo que tiene los ojos bien abiertos. Parece disecado. No suelta el maletín a pesar de las patadas que recibe de una de las mujeres, visiblemente enfadada por hacerle más complicado el transporte del pesado cuerpo. Levantan la vista hacia mí, me miran, sonríen y saludan. Corro más y más rápido. Estoy horrorizado.

Llego por fin a casa y a pesar del temblequeo y sudor de manos con los que agarro el juego de llaves, logro abrir la puerta y cerrar con rapidez. Grito espantado:

—¡María, María!, algo raro está ocurriendo. Cierra ventanas y puertas, baja las persianas, llama a la policía, llama al colegio de los niños. Coge un cuchillo, un palo, lo que sea.

Dejo la casa casi a oscuras y trato de tomar aire sentado en una silla. Me toco el corazón que va a mil por hora. Siento que me falta el aire, estoy mareado. Me doy cuenta de que María, mi mujer, no está en casa. O al menos no la he escuchado desde que he entrado. Me angustio aún más de lo que estaba por mi mujer, por mis hijos, por mis amigos, por todo lo que está pasando. No se qué hacer, cómo reaccionar, qué esperar, cuando de pronto escucho unos pasos lentos y pesados que vienen de la cocina del fondo. Parecen los pasos de alguien que estuviera caminando sobre un charco.

— ¿María? ¿María? ¿Eres tú?... ¿Suegra?